

ALGUNOS SUPUESTOS EPISTEMOLOGICOS EN TORNO A LA CULTURA DESDE UNA PERSPECTIVA HISTORICA

Documento de trabajo

LUIS PACHECO PASTENES
Dpto. de Historia

Hasta el día de hoy, para los historiadores, continúa la polémica en torno a una precisión de los conceptos de *civilización* y *cultura*. Esta polémica no es indiferente, ya que cualquiera sea la opción escogida, de las varias existentes, significa comprometerse con una visión de la historia, con una concepción determinada, con todo lo que ello significa en el trabajo mismo del historiador, en sus perspectivas epistemológicas, en sus evaluaciones teórico-metodológicas. Además determina su compromiso como hombre del presente, que a partir de su conocimiento y reflexión del pasado, proyecta sobre su tiempo histórico y sobre el futuro, las proposiciones para la construcción de una sociedad nueva, más justa, con un hombre que fundamentalmente sea poseedor de sí mismo.

En esta polémica en torno a los conceptos mencionados no es indiferente el uso de ellos en singular o plural. Braudel distingue entre "*la civilización*, concepción que pone en causa a toda la humanidad, y *las civilizaciones*, dispersas estas en el tiempo y en el espacio". Esta distinción implica entender el concepto en una dimensión universal y al hombre en un ámbito mayor que lo relaciona con la humanidad. Desde un nivel de la teoría del conocimiento histórico plantea la idea de una *Historia Universal*. Así entonces *las civilizaciones* serían manifestaciones particulares, comprensibles en sí mismas y en un campo de relaciones establecidas a través del tiempo y del espacio. Sin embargo el último elemento de comprensión de lo histórico particular estaría en la *humanidad como realización histórica*.

El mismo uso en plural o singular muchos historiadores lo aplican a la cultura, para señalar su dimensión universal o particular. Sin embargo no significa que exista la misma precisión en la distinción de los conceptos que nos preocupan. *Civilización* y *cultura* siguen siendo usados como sinónimos, todavía por muchos, aunque hay esfuerzos para caracterizar a cada uno de ellos.

Además de lo ya dicho, la pluralización de los términos cultura y civilización implica una renuncia, al menos en un sentido, de concebir una cultura o civilización *ideal*. La pluralización lleva a considerar todas las manifestaciones del quehacer histórico del hombre, con un valor en sí mismas, que explican al ser humano en sus características sociales, morales e intelectuales en una dimensión de tiempo y espacio que le son propios. Así los resultados históricos de este hacer, son más claramente comprensibles. No se está negando por esto una posibilidad de cualificación de las culturas y civilizaciones, si no que se está insistiendo en el valor de cada creación histórica del hombre en su afán de dar respuestas a los desafíos de sus diversas situaciones específicas.

ASPECTOS HISTORIOGRAFICOS

La polémica acerca de los términos que nos preocupan, al menos para la historiografía contemporánea, comienza en el siglo XVIII, en el contexto de la Ilustración europea, pero no de una manera declarada, sino más bien en los usos concretos de ambos términos y en los contenidos con los cuales aparecen. Esta controversia se configura más precisamente en los siglos XIX y XX.

Mencionaremos algunos autores a manera de ejemplos, sin entrar en mayores comentarios sobre la validez de sus ideas, sino con el afán de distinguir un poco mejor el sentido de este debate.

Para Francois Guizot en su obra "Historia de la civilización en Europa" y también en su Historia de la civilización en Francia (1829-1832), la civilización es un *progreso* social e intelectual. Para él, Inglaterra habría realizado más bien un progreso social y Alemania un progreso intelectual. Francia a su vez habría progresado en ambos sentidos. La concepción de Guizot se encuentra limitada por el interés del autor al campo de la historia política.

Quizás sí, al hablar de *progreso* nos tengamos que referir necesariamente a Juan Bautista Vico, a quien se le considera como el mejor representante, en el siglo XVIII, de una *visión orgánica de la historia*, centrada en la cultura antes que en el estado. Ve en la cultura una figura de crecimiento vivo y reconoce en el devenir del tiempo una yuxtaposición y sucesión de varias culturas, sometidas a un ritmo evolutivo.

Vico en su obra *Scienza Nuova* (1725) presenta una verdadera teoría del progreso, desde el punto de vista de la historia. A esta la ha dividido en tres grandes etapas, que también son tres formas diferentes del desarrollo de la conciencia humana. La primera etapa es la divina o la de los dioses, la segunda etapa es la heroica y la tercera la propiamente humana. La división es un tanto homérica, lo que Vico reconoce. Lo importante de esta división está en el planteamiento de que todos los pueblos han recorrido la misma trayectoria, desde la vivencia mítica de lo divino, a través de una constitución poética del espíritu, hasta llegar al predominio de la razón en la

etapa más avanzada. Esta visión tripartita de la historia corresponde, también, a una triple visión del hombre y de todas sus creaciones. Un hombre con tres tipos de costumbres, de religión, de lenguaje y de razón, según sus etapas de desenvolvimiento histórico. En esta división el último tipo es el verdaderamente humano. Vico no concibe, por otra parte, que estos tipos o estados se den en formas puras. Por el contrario, supone que ciertos estados anteriores pueden sobrevivir en un tipo de sociedad superior. Así una etapa estaría definida por el predominio de los elementos característicos. La naturaleza religiosa, la heroica y la humana pueden hallarse en proporciones diferentes en el hombre de hoy. Por otra parte cada etapa tiende a adquirir una homogeneidad, como parte de un designio providencial, no explicado por Vico. Con mucha razón se plantea que este *progreso en espiral* de Vico no es antagónico de la concepción dialéctica de Hegel. Este progreso debe entenderse, por lo tanto, como pasos sucesivos del desarrollo histórico, que fundamentalmente implica un desarrollo de la conciencia, como el elemento básico de la comprensión del devenir histórico.

Vico, a partir de una constante de las "leyes" de los procesos históricos obtiene el método, para completar los fenómenos históricos, sólo parcialmente conocidos, de la cadena evolutiva. Vico, de este modo, se convirtió en el fundador de un estudio morfológico de la historia, donde la base de esa morfología esta constituida por los elementos culturales, como ya hemos visto.

Este pensamiento acerca de la historia, si bien se ubica cronológicamente dentro de la Ilustración, no es representativo de ella. Aparece, al decir que Vogt como una "corriente subterránea". Quien le va a imponer cabalmente será Johann Gottfried Herder, donde su visión de la historia es un revelarse de Dios en el desarrollo de las *formas orgánicas*, comprensibles, sobre todo en sus *manifestaciones culturales*, que son *manifestaciones del espíritu*. Esta teoría de las formas orgánicas de la vida histórica, penetra en el romanticismo con Goethe y Schelling.

Otro autor que debemos mencionar (y dejando, obviamente, a muchos por fuera) es Jacob Burckhardt, quien toma algunos elementos de esta teoría orgánica, pero desarrolla una "tríada", como dice Braudel, constituida por el estado, la Religión y la Cultura como ejes de la historia. A pesar de la brillantez del trabajo de Burckhardt y en muchos aspectos vigente hoy, se le anota como problema el hecho que destaque el papel del estado, reduciendo lo religioso, a la vez que lo cultural aparece preferentemente en sus manifestaciones artísticas. Una de las críticas más persistentes al trabajo de este autor, es que, a pesar de la profundidad con que se mueve en los conceptos enunciados, el análisis se mantiene en un nivel super-estructural, sin referencias a los problemas sociales y materiales de la Italia estudiada por él.

En la línea anterior también es posible ubicar la obra de Oswald Spengler, "La decadencia de Occidente" (1918-1922). Para Spengler la cultura de un pueblo es una experiencia única y es a la vez una filosofía, una matemática, una manera de pensar. De allí que para él haya tantas morales como

culturas. Hay un énfasis en los rasgos originales. El papel del historiador y por lo tanto su método se simplifica, ya que se trata de estudiar, de interpretar esos rasgos originales, lo que permite, por otra parte, un estudio comparativo de las culturas. Sin embargo, en estos elementos constitutivos de la originalidad cultural de un pueblo, quedan por fuera, como apuntan los críticos, los aspectos de una historia económica e incluso de una historia política. No cabe hacer un análisis de la obra de Spengler, sino precisar, para nuestro objeto, su concepto de cultura, y esto sólo parcialmente, ya que nos llevaría muchas páginas este intento. Digamos solamente que, para Spengler, las culturas en la historia son comparables a los organismos vegetales y animales de la naturaleza. Esta analogía se insinúa aún más en el curso vital de las culturas, en su hacerse y deshacerse, según determinadas "leyes". Las culturas viven y mueren independientes unas de otras. Una cultura nace en el momento en que una gran alma despierta; muere cuando esta alma ha llevado a cabo el total de sus posibilidades. En este sentido Occidente es un ser, un alma. Le interesa, por lo tanto, el destino de los valores espirituales, que en el fondo a eso ha reducido civilización y cultura, y ha tratado de organizar en un destino, en unas fases coherentes, en último término en una historia, estos valores.

Arnold Toynbee es otro de los autores que no podemos dejar de mencionar. Su importancia ha sido grande, sobre todo entre los historiadores y pensadores del mundo anglosajón.

Su obra, "Estudio de la historia", cuyos tres primeros tomos aparecieron en 1933 y los tres siguientes en 1939, despertó gran interés y polémicas entre los historiadores. La primera parte de su trabajo se construye sobre una base teórica que pretende explicar el surgimiento, crecimiento, decadencia y disolución de las culturas, que para muchos supera todo lo anteriormente elaborado en este sentido. En Toynbee es más propio hablar de civilización, ya que use este concepto preferentemente. En Toynbee, según muchos autores, no hay definición muy precisa de lo que él entiende por civilización, aunque referencias aparecen a lo largo de toda su obra. Civilización, en todo caso aparece definida por el autor, como un movimiento, no una condición. Un viaje, no un puerto. Cada cultura, dice el autor, constituye un todo cuyas partes son sutilmente interdependientes. Sin embargo estas ideas no nos permiten avanzar mucho en la comprensión de lo que civilización (o cultura) significa. Quizás arroja más luces cuando afirma que "entiendo por civilización la más pequeña unidad de estudio histórico a la que se llega cuando se trata de comprender la historia". Al menos esta definición nos lleva a entender su proposición de captar una realidad histórica en un ámbito más necesariamente mayor que el que sugieren los propios hechos históricos. Sin duda hay aquí referencia a la *universalidad* de la historia en último término, pero también un reconocimiento de lo particular.

En la obra de Toynbee no hay un tratamiento acabado de los estados y de las sociedades; de sus estructuras. Para él los estados no tienen una duración sino mínima, comparada con la duración de las civilizaciones. Además de una vida corta tienen una muerte súbita. . . Tampoco es importante para

Toynbee la base económica: “cuando dos civilizaciones entran en contacto, estos encuentros son importantes no por sus consecuencias políticas y económicas inmediatas, sino por sus consecuencias religiosas, de más largo plazo”. Y en la misma línea continúa; en caso de estudiar “la historia como un todo, debe quedar relegada a segundo término la historia económica y política, concediéndose la primacía a la historia religiosa, porque después de todo, la religión es el único asunto verdaderamente serio de la raza humana”. Tenemos que hacer referencia aquí, que para Toynbee no existe una civilización única, sino una serie de civilizaciones lidiando a cada una de ellas con un destino cuyos grandes rasgos se repiten. Sin embargo la naturaleza espiritual del hombre es una sola y tiene el hombre un destino común. La civilización (o cultura) no es un fenómeno natural, como para Spengler, por lo tanto no tiene un determinismo fatal. Toynbee funda su concepto en la libertad de decisión del hombre y si bien en él están presentes las raíces organicistas del siglo XIX, sus ciclos históricos no son cerrados, sino abiertos, lo que permite la comunicación entre las civilizaciones, la comprensión de la historia en una estructuración universal.

Respecto del marxismo diremos sólo algunas palabras. Aparentemente el problema de la cultura estaría resuelto en las bases mismas del materialismo histórico y dialéctico. En todo caso es conveniente señalar aquí algunas ideas que nos parece interesante recordar. Stalin en su libro “A propósito del marxismo en lingüística”, reconoce que el lenguaje no es un fenómeno que pueda ser ubicado en la superestructura ni en la estructura. Este concepto encuentra sus raíces en la afirmación de Marx, que la mente tiene sus mecanismos propios, como la estructura del pensamiento lógico, el lenguaje etc., diferentes en todo caso, a cualquier otro tipo de fenómeno del mundo material. Igualmente Althusser, criticando a Gramsci, sostiene que la ciencia es un elemento que no puede ser ubicado en la categoría superestructural, ya que, evidentemente, la necesaria desaparición de la superestructura en un proceso revolucionario involucraría la desaparición de la ciencia misma, de sus conquistas. Hacemos mención aquí de estos problemas, no para resolver la cuestión o plantear sus posibilidades en la crítica al marxismo, sino porque el lenguaje y la ciencia, son dos expresiones del hombre, que no se pueden quedar al margen de una comprensión histórica en el marco de la cultura y que por lo tanto nos pueden ofrecer sugerencias en este panel.

Esta reducida referencia a autores de diversas tendencias, sólo significa una aproximación a la problemática de la historiografía, en el tratamiento de la cultura y civilización, en la historia contemporánea. En todo caso tal vez nos haya permitido encontrar un hilo conductor, en esos autores, que puede ser una buena referencia. Nos referimos a la idea, que en el desarrollo de la historiografía contemporánea, siempre aparece: *Un pueblo entiende la historia* en la medida en que posee *conciencia histórica* y el desarrollo de la conciencia histórica implica, no sólo un hacer mejor, sino conocer e interpretar, en una nueva dimensión los valores con que se rigen los pueblos. Si a lo anterior, agregamos, lo que dicen los historiadores a partir de Hegel, que el primer elemento de la conciencia histórica es el *cambio*, encontramos que la historia si puede ser definida como *ciencia del movimiento*, como ciencia que

estudia el origen y formas del cambio. De aquí podríamos aproximarnos a una hipótesis de trabajo: La historia, necesariamente, al estudiar las manifestaciones culturales, las debe estudiar en todas sus más profundas y múltiples relaciones estructurales, única manera de llegar a explicarse el cambio, las causas del movimiento y el sentido de la totalidad del proceso.

El objeto del historiador, como se sabe, es el pasado humano. Pero como debe entenderse ese pasado humano? Marrou dice, acertadamente, que como tal entenderemos *el comportamiento* susceptible de comprensión directa, de captación interior, *acciones, pensamientos, sentimientos* y también *todas las obras del hombre*, tanto *espirituales* como *materiales*. Es decir el pasado del hombre en cuanto hombre. Esta precisión de Marrou nos lleva a considerar el pasado del hombre como un todo, única manera de explicarse ese pasado y al hombre protagonista de él.

Lo anterior no quiere decir que ese pasado no sea susceptible de clasificar, dividir metodológicamente y epistemológicamente. El historiador, individualmente, sólo puede captar una mínima parte de ese pasado, de acuerdo a su especialidad, pero para la comprensión total de él necesita más que su trabajo. Necesita del trabajo de otros historiadores, incluso de otras disciplinas afines que iluminen este conocimiento siempre precario. Por otra parte lo que el historiador conoce y trasmite como conocimiento es la *única realidad histórica existente*. Raoumond Arón insiste en esta idea, al igual que Marrou. No hay otra realidad histórica que la hecha por el historiador, pero no se desconoce el peso de la *historia realidad*. Sólo que de ella sabemos lo que nos proporciona la *historia conocimiento*. La cultura, como pasado constitutivo del hacer del hombre, es parte de esa realidad histórica, que para ser conocida se someterá a todos los presupuestos epistemológicos de la ciencia histórica.

Ya hemos dicho que a la historia le interesa todo el pasado del hombre. También hemos precisado, de acuerdo con Marrou, cómo entiende la historia ese pasado. Por otra parte las estructuras históricas si bien nos permiten un conocimiento específico, la necesidad de comprensión total de ese pasado obliga a integrar todos los conocimientos parciales. Según esto la cultura, cualquiera que sea su acepción, es parte integral de ese pasado en la medida que es una manifestación del quehacer histórico del hombre. Nos interesa el pasado en cuanto fue un presente, como el presente que vivimos. Es decir algo multiforme, a ratos incomprensible, cambiante, un campo inagotable de causas y efectos y sobre todo una situación de conciencia, de captación del ser social. Está claro, no es el pasado en cuanto pasado, sino el pasado en cuanto *presente que fue*, única manera de integrarse en forma inteligible a nuestro presente.

Parece fácil, al menos en el papel, acercarse al objeto de una historia económica, política o social, (para algunos toda historia es social), pero ya es más difícil precisar el objeto de una historia de la cultura o de una historia de la civilización, más aún visto la disparidad de criterios entre los historiadores. Veamos entonces, de manera esquemática, algunas ideas en torno a la civili-

zación y cultura, que están presentes en muchos trabajos de los historiadores contemporáneos. No son ideas absolutamente configuradas, sino más bien un intento de reunir críticamente estos conceptos, los que por otra parte no pueden ser tomados como definitivos.

EN TORNO A LA CIVILIZACION

Al comienzo de este trabajo planteamos que la sola utilización del concepto en plural o singular, nos daba una significación distinta. Así podemos entender el término en una dimensión universal o restringida a un ámbito menor.

Hoy en día la civilización, desde el punto de vista de la Historia, tiene a ser considerada como un *sistema de instrumentos inventados por el hombre durante el transcurso de su devenir histórico*. Estos instrumentos son productos de una satisfacción progresiva de sus necesidades, del intento de dominar la naturaleza y el medio donde el hombre se desarrolla y quizás más directamente en el simple intento de *conocer y conocerse a sí mismo*.

Lo que se conoce con el nombre de *altas civilizaciones* siempre son unos sistemas superiores de instrumentos, producto de una experiencia y *posibilidad* histórica, de una experiencia en el *tiempo* y en el *espacio*. Así sería comprensible seguir una línea de *progreso* desde el paleolítico, hasta los instrumentos propios de la era espacial.

Si la civilización es considerada básicamente como un sistema de instrumentos debemos concluir que esos instrumentos son trasmisibles de una civilización a otra, de una sociedad a otra. Traspasan tiempo y espacio. La televisión, por ejemplo, es un instrumento, que desde el punto de vista tecnológico opera igual en cualquiera sociedad, ya sea americana, asiática, africana o europea. Algunos historiadores opinan, por esto, que la civilización tendría más bien una connotación mundial. Pensamos, al respecto que esto no ha sido siempre así en la historia, ya que la universalidad es un fenómeno propio de la historia contemporánea. Las civilizaciones antiguas muchas veces se desarrollaron sin posibilidades de mayores contactos, salvo con las áreas geográficas más cercanas (. . .).

Desde un punto de vista histórico, es posible encontrar en el pasado de cada pueblo-tomando el pasado como un proceso evolutivo, como una sucesión de presentes vinculados un *sistema de actitudes*, de *comportamiento*, de *experiencias* que constituyen un sistema complejo que abarca todos los ámbitos de la vida histórica de un pueblo. Actitudes económicas, religiosas, políticas, etc. que le son propias. Particular manera de sentir, de razonar, de comunicarse. Imagen de sí mismo, en cuanto pueblo, o grado de desarrollo de una conciencia, actitud frente a otros pueblos. Este sistema complejo, obviamente, encierra un mundo de valores, forjados en la experiencia histórica particular y *expresados* también de acuerdo a esa experiencia.

En el plano de la experiencia histórica podríamos destacar una serie de situaciones de gran interés. Por ahora señalemos aquellas que más se vinculan a nuestro tema. Por ejemplo debemos considerar en este sistema de actitudes y expresiones propias, la forma como un pueblo tiene conciencia de su pasado, la manera de percibir el cambio, su actitud frente a lo nuevo. En otras palabras, la manera como un pueblo se proyecta en el tiempo, desde su pasado hasta su futuro, el compromiso que adquiere, conciente o inconcientemente, frente a la inmensidad del transcurrir y por último, la forma como capta el crecimiento de su conciencia universal, cuando esta situación se da (...).

Volviendo sobre nuestro intento de caracterizar lo cultural en la historia, veremos que sus elementos son menos trasmisibles que los elementos de civilización no en términos absolutos, pero si significativamente.

No negamos que elementos culturales puedan pasar de una sociedad a otra y muchas veces diversas entre si. Podemos ver, por ejemplo, las influencias de un idioma en otros, el traspaso de valores religiosos o éticos, o algunas costumbres determinadas. No obstante esto, la esencialidad propia de un pueblo, aquello que define su ser histórico, no puede ser transmitido ni asimilado. La incorporación de los elementos de la cultura greco-latina a la denominada cultura occidental, no nos ha transformado ni en griegos ni en romanos. Más aún, esos elementos no tienen en esta realidad la misma connotación que tuvieron en la antigüedad. Reconocemos las influencias evidentes, la constante interacción histórica, lo que en la historia contemporánea es una característica específica.

Las ideas hasta aquí expuestas nos permiten observar que todo pueblo tiene necesariamente una cultura. Ningún pueblo carece de actitudes, sentimientos o identificaciones, sin embargo no puede concluirse que todo pueblo tenga necesariamente una cultura plenamente original. Más bien podría pensarse que el transcurrir puede hacer aparecer como propio, lo que originalmente no lo fue. Pero aún en estos casos es determinante la experiencia propia, lo que definirá de manera importante lo cultural. Lo que en un momento se incorporó como aporte puede llegar a tener diferentes connotaciones por el propio devenir histórico.

EL ESPACIO HISTORICO

Para comprender un proceso histórico, en todos sus significados, hay que tener claridad sobre el *espacio histórico* donde se desarrolla, lo que implica conocer las características y origen de la estructuración político-social, del origen y desarrollo étnico, entre otros factores. El espacio histórico se explica, también, por las relaciones de éste con otros espacios, vinculados por situaciones de dominio político-económico o cultural. El conocimiento del espacio histórico permite por otra parte un proyecto crítico sobre todo el ámbito histórico de un pueblo o sociedad, a la vez que el sentido de una

liberación de cualquiera forma de opresión que impida el desarrollo del ser histórico de una comunidad, o límite toda expresión auténticamente humana.

Descifrar el espacio histórico de una sociedad significa la posibilidad de interpretar los elementos de su conciencia, su actitud frente al tiempo. Significa entender también, las formas que han revestido la constante *tensión entre lo antiguo y lo nuevo* en una sociedad. Este aspecto es importante, ya que esta tensión es permanente en el desarrollo de cualquier sociedad. La historia siempre es movimiento, por lo tanto siempre habrá pugna entre la tradición, reafirmada por el devenir del tiempo, y el deseo natural de una libertad mayor, siempre representada por lo nuevo. Tradición y libertad parecieran ser antagónicos. La tradición siempre representará el peso del pasado de un pueblo. No quiere decirse que toda forma del pasado debe ser abolida sino aquellas que representan mecanismos retardatarios para el progreso. No toda tradición es negativa, pero sí toda tradición significa un peso del tiempo histórico. De la misma manera, no todo lo nuevo es necesariamente liberador y encamina al hombre hacia el progreso. Pero sí toda liberación y progreso significan nuevas formas frente a lo tradicional existente.

EL ESPACIO CULTURAL

El espacio cultural siempre se dará en el espacio histórico, pero tiene sus propias especificidades. Por una parte el espacio cultural comprende las realizaciones de los niveles dirigentes de una sociedad. Tal será la cultura institucionalizada. Esta cultura ocupa una parte del espacio cultural total. La otra parte es la que algunos autores (Orgambide) llama la cultura sumergida, cuyo espacio se encuentra dominado por la cultura institucionalizada, o mejor dicho que ésta le permita. A pesar de esto se puede afirmar que la relación entre ambas es permanente, que la cultura institucionalizada se nutre, directa o indirectamente de la cultura sumergida, pero en la *representación final de todo el aparato político-social de un estado* la expresión es elitista y muy escasamente representativa de toda la comunidad.

Lo afirmado hasta aquí podría explicar por qué en la historia, todo proyecto de liberación siempre lleva consigo el intento de un pueblo de expresar su propio ser. Este espacio cultural dividido entre lo institucional y lo "sumergido" o popular, sólo puede ser descifrado en el espacio histórico, en el devenir de toda la sociedad como un todo complejo, multiforme, pero a la vez coherente entre todos sus componentes.

La cultura, de acuerdo a lo anterior, también es un hecho político, ya que lo político es un ordenamiento de la sociedad que corresponde a un modelo de funcionamiento, de desarrollo y de relaciones, que cuando no corresponden a las necesidades de un pueblo se convierten en instrumentos de dominación. Se establece el predominio de los valores de una clase o

grupo que van estructurando un ámbito cultural conforme a sus intereses particulares. La idea de la historia, del arte, de la política, incluso lo religioso, estarán definidos por los intereses del grupo dominante. A pesar de esto la acción cultural, sobre todo a través del arte y en especial significación en la literatura y filoaofía, pueden transformarse en factores de cambio en la sociedad. Para terminar este punto debemos ahora reconocer que todo espacio cultural necesariamente compromete el espacio político, más aún, son inseparables en la medida en que ambos comprometen dos dimensiones básicas del hombre, de su ser social.

EL PROBLEMA DE LA ACELERACION HISTORICA

Uno de los problemas más interesantes planteados por la historia contemporánea, es la *aceleración del ritmo de la historia*. Este es un hecho relativamente nuevo ya que su impulso nace del hecho mismo de la Revolución Industrial, entre los siglos XVIII y XIX.

Que el movimiento histórico sea más acelerado significa que cada vez se realiza un mayor número de cambios en una misma unidad de tiempo. Cada vez los plazos de vigencia de las instituciones, de un sistema e incluso de una doctrina son menores. Esta aceleración significa que el presente histórico pasa a condición de pasado con mayor rapidez, lo que dificulta, sin dudas, asumir el porvenir con serenidad. Esto implica también, una transformación acelerada de los *hábitos* que en el trabajo del historiador son importantes, ya que estos hábitos son *estructuras de comportamiento* que crean realidades sociales y que por la aceleración mencionada tienden a ser más inestables. Por otra parte, la cultura misma es un *comportamiento* que ayuda a entender los fenómenos colectivos. La aceleración plantea un problema de estabilidad, pero también de *renovación*, lo que nos obliga a considerar a la cultura como un fenómeno histórico de rápida transformación. En siglos pasados varias generaciones vivían en una misma *época histórica*, mientras que hoy en día una generación tiene la posibilidad de vivir *varias épocas históricas* o al menos *situaciones*. Esto nos está sugiriendo considerar a la cultura, no tanto por sus *valores permanentes*, sino más bien por su capacidad para asumir el cambio, para entrar en *posesión del futuro*, teniendo como referencia el *sentido de la historia*.